

UN VIAJE DIFERENTE

Cuando Ezio abrió los ojos aquella mañana, supo que iba a ser un día como otro cualquiera. No había dormido bien aquella noche, por lo que se quedó unos minutos de más en la cama, teniendo así que salir corriendo para no llegar tarde a la universidad. Debía asistir a una reunión para hablar del viaje que su departamento había organizado, un viaje a Grecia con alumnos de segundo curso. Ezio era profesor de mitología en la universidad de Milán. Fue su jefe el que había insistido en que el viaje se realizara, a pesar del poco interés que Ezio había mostrado.

La mañana transcurrió rápidamente, y antes de darse cuenta, se dirigía hacia el despacho de su jefe, para ultimar el resto de preparativos del viaje.

-Los destinos siguen siendo los mismos que los que se dijeron en su momento, ¿verdad? –quiso asegurarse Ezio–. Primero visitaremos Feneo, a continuación la isla de Samos, y por último, Atenas.

- Correcto –contestó Maximus. Él llevaba trabajando apenas unas semanas como jefe de departamento, después de que a Risto, su jefe anterior, le ofrecieran un puesto de trabajo en una universidad mucho más prestigiosa.

-Escogí Feneo porque me llegó la noticia de que este año, los lugareños iban a recrear las Hermeas, unas fiestas antiguamente dedicadas a Hermes –explicó Maximus-. Visité Samos hace unos cuantos años, y tengo que decir que es de los lugares que más encanto tiene de toda Grecia. Y claro está, no se puede pretender hacer una excursión por Grecia y no visitar Atenas –terminó Maximus. Ezio no podía llevarle la contraria. Al fin y al cabo, Atenas era la capital de Grecia, y una de las ciudades con mayor patrimonio cultural del país.

-Creo que va a ser un gran viaje, Ezio. No solo para los alumnos, sino también para ti.

Ezio no entendió del todo esto último. Aun así, le dio las gracias a su jefe y se marchó del despacho, con ganas de llegar a su casa y deseando que el viaje se pasara lo antes posible.

El calor era prácticamente insoportable.

Era el segundo día que pasaban Ezio y sus alumnos en Feneo, y el día en el que se inauguraban las Hermeas. Era el principal motivo por el que visitaban esta ciudad, y según Ezio, dejaban mucho que desear. En la antigüedad, en estas festividades se celebraban distintos tipos de concursos, pero en esa ocasión, los habitantes de la ciudad se dedicaban a dar vueltas al circuito de la muralla de la ciudad con un cordero sobre los hombros.

Por lo menos, los alumnos parecían estar disfrutando del espectáculo. Animaban con vítores a los participantes en la carrera, mientras que Ezio estaba apartado, sentado en un banco, observando el panorama de lejos.

De repente, un hombre se sentó al lado suyo. Tenía un rostro amistoso, y vestía una túnica, un sombrero y sandalias. Lo único que desentonaba era la enorme mochila que llevaba colgada a la espalda.

-Gran día, ¿eh? –dijo el desconocido-. He venido de visita a la ciudad solo para ver las fiestas. Aunque ya no son lo que eran, da gusto que se sigan manteniendo tradiciones tan antiguas. Una pena que ya no participen tantas personas como antes; cuando yo era joven, esto estaba muchísimo más animado. Siempre se ha dedicado esta festividad a Hermes, y me da pena que cada vez...

-Cállese – le contestó al hombre. – No le he pedido en ningún momento que se ponga a hablar conmigo; no quiero conversación. Soy profesor de mitología, sé perfectamente lo que son las Hermeas y por qué se celebran. Además, ¿qué sabrá usted de cómo eran estas fiestas tiempo atrás?

El semblante del desconocido cambió por completo: ahora parecía muy cabreado, y el tono que utilizó para volver a hablar con Ezio no fue amable.

-La pregunta más bien sería que cómo te atreves a hablarme así, Ezio – le dijo.- ¿Te preguntas por qué se tantas cosas acerca de las Hermeas? Bueno, tal vez es porque me las dedican a mí. ¿Tiene sentido?

Obviamente, no lo tenía. Lo que aquel hombre estaba sugiriendo es que él era Hermes, el mensajero de los dioses. Ezio quería reírse de lo ridícula que sonaba la idea.

-No tiene sentido. Lo que sí que tiene sentido para mí es que usted está loco.

-Bueno –respondió el presunto Hermes- puedes creer lo que quieras. Pero te aseguro que no soy el único al que te vas a encontrar en tu viaje.

El hombre se levantó y se marchó, dejando a Ezio solo en el banco otra vez. Decidió pensar que aquello había sido una broma. Pero una vez que se dirigía a buscar a sus alumnos, cayó en la cuenta de algo: ¿cómo sabía aquel tipo que Ezio estaba haciendo un viaje por Grecia? Y lo peor de todo: ¿cómo sabía su nombre?

Después de un viaje en barco más largo de lo normal, por fin llegaron a la isla de Samos. No era exactamente el paraíso que Maximus había asegurado que era, pero había un ambiente agradable y, desde luego, el tiempo había mejorado.

A pesar de que Ezio seguía inquieto por su conversación con el presunto Hermes, intentó darle la importancia justa. A lo mejor el desconocido había hablado previamente con alguno de los alumnos, y les había preguntado por su viaje y por el profesor que les acompañaba. Seguramente era eso.

Lo primero que hicieron al llegar a la isla fue visitar el Kore de Samos, una escultura dedicada a Hera. Ezio explicó a sus alumnos a grandes rasgos quién era Hera, señora del Olimpo y mujer de Zeus, conocida por ser dura y vengativa, en especial con las amantes y los hijos bastardos de su marido. Después, Ezio decidió que sería buena idea que sus alumnos visitaran la isla a su aire, y que se reunieran por la noche en el hotel.

Ezio no se marchó de la zona, y comenzó a caminar para relajarse antes de tener que volver con sus alumnos.

-¿Te importa que paseemos un rato juntos? – le dijo una mujer acercándose a él. Era joven y esbelta, con un largo cabello y un vestido blanco. Ezio empezó a decirle que no, pero ella siguió hablando de todas formas.- He estado escuchando la historia que has contado antes. Parece que sabes mucho sobre mitología, ¿no? – Ezio asintió: era verdad, claro. Pero se sorprendió cuando la joven lo negó con la cabeza.- Permíteme darte un consejo: antes de contar esas historias a tus alumnos, infórmate mejor sobre su veracidad. No maté a Io, aquella amante de mi marido. Cuando me enteré de lo sucedido y de que él la había liberado, envié un tábano que comenzó a picarla, pero nunca llegué a matarla.

Ezio estuvo a punto de responderle, cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir.
¿Estaba hablando realmente con Hera?

-Vaya, parece que te has quedado mudo –dijo Hera en tono sarcástico-. Qué pena, con lo mucho que hablabas antes, lo animado que estabas contando mis historias. ¿No te suenan de algo, por cierto?

-No sé a qué se refiere.

-Vamos, Ezio –esta vez, no se quedó sorprendido de que conociera su nombre. A estas alturas ya nada le sorprendía-. Yo pensaba que ibas a saber a qué me estoy refiriendo.

Y claro que lo sabía. Pero eso no significaba que quisiera admitirlo y contarlo delante de ella. Había ocurrido durante una semana particularmente mala. Él estaba fuera del país, y su mujer tenía las tardes libres. Una noche salió, conoció a un hombre, bebió unas copas de más... y pasó lo que pasó. Un conocido de Ezio lo vio todo, y no perdió tiempo en contárselo.

-No dejaste que ella te explicara lo que había pasado. Simplemente te cerraste en banda, la culpaste a ella de todo, y no quisiste saber más del tema -dijo Hera.

-¿No ve un poco hipócrita que me diga esto? Quiero decir, usted era la primera que castigaba a todas las amantes de su marido, sentenciándolas de por vida.

-Sí, lo hice –contestó Hera-. Y no me siento orgullosa. Pero no voy a mentir: el hacer esas cosas me ayudaba a mí misma a poder seguir estando con mi marido. Si no hubiera hecho nada, no sé qué habría pasado con toda la rabia que llevaría acumulada.

Ezio la miró de manera escéptica.

-No espero que lo entiendas –respondió ella-. Al fin y al cabo, vuestra vida es mucho más fácil y corta que la nuestra. Pero si alguna vez te vieras obligado a pasar toda la

eternidad con una persona, a lo mejor cambiarías de parecer. De todas formas, ¿de qué te sirvió a ti no hablarlo con tu mujer? De nada, por lo que veo.

Ezio sintió como la rabia se apoderaba de él, y antes de poder dirigirse a la diosa, ella se alejó, dejándole con la palabra en la boca.

La última ciudad que iban a visitar era Atenas. Nada más llegar, decidieron ir al Partenón, el templo más característico de la ciudad. Ezio dejó que sus alumnos diesen una vuelta, mientras él les esperaba.

-...y Atenea y Aracne comenzaron a tejer. Terminaron su tapiz, y los lugareños debían decidir cuál era mejor. Se apreciaba claramente que el de Aracne era más bello, pero el pueblo temía que Atenea se enojara si decían eso. Al final, se decidió que la ganadora de la competición era Atenea. Aracne protestó, enfadada por aquella injusticia, pero Atenea la transformó en una araña, condenándola a tejer durante toda su vida.

Ezio se percató de que era una mujer quien estaba contando la historia. Una vez que terminó, se dirigió a él.

-Veo que te has acercado a escuchar mi historia –dijo ella-. A día de hoy, me siguen preguntando por qué hice lo que hice. Deduzco que sabrás quién soy, ¿no, Ezio? – él asintió-. Entiendo que no te parezca justo lo que pasó; tú no viviste una situación muy distinta a la de Aracne, ¿verdad? – él no quería recordar aquello. El por qué acabó dando clases, y no siendo algo más. El cómo no le dieron la oportunidad de destacar.

-Dime, ¿qué hago aquí? –preguntó Ezio-. Primero fue Hermes, luego Hera y ahora tú. Ni siquiera sois reales. Sigo sin saber qué es todo esto.

-¿No tienes ninguna sospecha? –preguntó Atenea-. Empieza por preguntarte por qué has visitado concretamente las ciudades que has visitado en este viaje. Quiero decir, hay

otras ciudades griegas con mayor turismo. ¿Por qué ir justo a Febeo y a Samos? – Ezio negó con la cabeza- piénsalo. Sé que hallarás la solución.

Y después de aquello, Atenea se marchó. Ezio se quedó pensativo, hasta que creyó encontrar la respuesta.

Cuando regresaron de su viaje, lo primero que hizo Ezio fue dirigirse al despacho de su jefe, Maximus. Ni siquiera se molestó en llamar a la puerta.

-Ahora entiendo por qué había tanto interés en que visitáramos esas ciudades – dijo Ezio-. Lo tenías planeado desde el principio. Ni siquiera eres mi jefe.

-Veo que por fin lo has descubierto – le dijo Zeus -. Creo que eres un gran profesor, Ezio. Pero no creo que transmitas nada a tus alumnos narrando esos mitos, ya que no los entiendes. De lo contrario, habrías sabido reaccionar a muchas cosas que han pasado en tu vida. Habrías sabido vivirlas. Por eso vine aquí, me hice pasar por tu jefe y te mandé ir de excursión con tus alumnos, para que recapacitaras lo que significa la mitología, lo importante que fue en su día y el gran legado que sigue habiendo de ella a día de hoy. No sé si habrás comprendido realmente su significado, pero creo que no puedo hacer más de lo que he hecho ya. Espero que reflexiones sobre ello.

Lo que pasó a continuación ocurrió deprisa: Zeus chasqueó los dedos y todo se volvió negro. Ezio abrió los ojos, y se dio cuenta de que estaba en su cama, sorprendido y aturdido a la vez. Era de noche. “Solo ha sido un sueño” pensó para sus adentros.

¿O no?